



Escuela de
Bibliotecología

Misterio en la biblioteca

CONCURSO LITERARIO

EDICIONES UNIVERSIDAD
TECNOLÓGICA METROPOLITANA

Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana

📍 Calle Dieciocho 161,
Santiago, Chile

☎️ (56-2) 2787 77 50

🚇 Metro Los Héroes

✉️ editorial@utem.cl

Vicerrectoría de Transferencia
Tecnológica y Extensión

👉 www.editorial.utem.cl
www.utem.cl

Casilla: 9845

Misterio en la Biblioteca

Mayo, 2022

PRODUCCIÓN

Escuela de Bibliotecología

COLABORACIÓN

Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana
Vicerrectoría de Transferencia Tecnológica y Extensión

EDICIÓN

Cherie Flores Fernández
Guillermo Toro Araneda

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Ediciones UTEM en base a diseño original de Sebastián Solar Iturra

PUBLICACIÓN DE CIRCULACIÓN ESPECIAL

La siguiente publicación es una obra de difusión digital especial de contenido de Ediciones UTEM en el marco de apoyo y colaboración a una producción estudiantil de la carrera de Bibliotecología y Documentación de la Universidad Tecnológica Metropolitana para fomentar el desarrollo de pensamiento y extensión cultural de la carrera a través de un concurso literario.

Se permite su reproducción total o parcial no comercial de esta obra, por cualquier medio o método informando su utilización directamente en la editorial o a los editores, así como la correcta mención de autorías particulares que se contienen.

TABLA DE CONTENIDOS

5	Prólogo
7	La sala de Referencias • <i>Fernando Henríquez Fuentes</i>
14	La carta sin fecha • <i>Aldo Vilches Contreras</i>
17	Una noche en la biblioteca • <i>Sandra Sandoval Fuentealba</i>
22	Al caer la tarde • <i>Elizabeth Natalia Montero Muñoz</i>
26	Mary y el Faro del saber • <i>Claudia González Arnez</i>
32	Pola la paloma encantadora • <i>Susana Antileo Huenupi</i>

PRÓLOGO

A veces y no tan de repente la vida supera a la ficción.

Por eso no debe ser fácil decir algo nuevo y asombrar, para detener en el tiempo a quien se escabulle de mirarse a sí mismo y a los demás. La pandemia ha sido una excusa perfecta para rehuir lo que humanamente somos, ni más ni menos.

Acá seis historias de misterio en la biblioteca, que fue el pie forzado del concurso homónimo.

Seis autores nóveles, que fueron distinguidos con premios y menciones honrosas, todos ellos estudiantes de la carrera Bibliotecología y Documentación impartida por la Universidad Tecnológica Metropolitana, a través de la Escuela de Bibliotecología y con el apoyo académico del Departamento de Gestión de la Información.

Cada historia tiene lo suyo y no haremos spoiler. (Imposible hacerlo, sin matar el misterio).

Escribir puede ser un acto muy liberador en estos días; un ejercicio que combate la barbarie y nos humaniza, al imaginar, al crear y al tocar, al menos parcialmente, esa nube etérea que llamamos felicidad. Porque se es feliz al leer y al escribir, por puro placer y gratuitamente.

Confesamos que buscábamos que escribieran. Quisimos que soñaran y llevaran a palabras hiladas enigmáticas historias. Agradecemos a todas y a todos quienes aceptaron el desafío y concursaron en esta primera versión del certamen.

Agradecemos también al jurado compuesto por los escritores Manuel Peña Muñoz, Roberto Rivera Vicencio y Lorena Díaz Meza. Un jurado anima, intimida, neutraliza, acoge, resuelve, complica, facilita, valida, estimula, produce anhelos y sueños; todo eso y mucho más, tenemos que agradecerles.

También nuestra gratitud está con la UTEM, que destinó fondos para apoyar este proyecto.

Prólogo (del griego πρόλογος prólogos, de pro: 'antes y hacia' (en favor de), y logos: 'palabra, discurso'), etimológicamente hablando, implica en este caso abrir el telón y dejar con la palabra a quienes tomaron riesgos y vencieron. No son seis personajes en busca de autor, sino seis personas que crearon personajes e historias de misterio y osaron compartirlas. ¡Albricias!



LA SALA DE REFERENCIAS

Fernando Henríquez Fuentes



*Just the way that her hair fell down around her face,
Then I recall my fall from grace.*

Another time, another place.

Dire Straits, Lady Writer (1979)

Los últimos acordes de la guitarra y la áspera voz de Mark Knopfler se apagaban despacio en la radio del auto. El fade out al término de la vigésima canción del cassette grabado a mano años atrás, durante los días buenos, como ella solía mencionar, contrastaba irónicamente con el anticipado comienzo del día y los rayos de sol que pedían permiso entre los dientes de la Cordillera de los Andes.

El Chevrolet Cavalier negro, opaco, era una nota disonante entre los furgones blancos de la policía de investigaciones, de la prensa y las patrullas de carabineros, y más de alguno de estos se acercó para averiguar que pintaba aquel vehículo en aquel cuadro. Algunos, con más años de ruedo, se acercaban a la ventana del conductor y al comprobar la identidad de la detective Sara Gálvez, solo se alejaban en silencio. Un enjuto carabinero de unos 25 años cometió la osadía de golpearle la ventana con los nudillos. La detective volteó y una mirada ojerosa pero punzante se clavó en los ojos del joven, quién, escondiendo la inquietud que le produjo aquel rostro cubierto de cabello, hizo el clásico gesto casi ridículo pero internacionalmente reconocido de “baje la ventanita, por favor”.

El aspecto del interior del Cavalier invitaba a pensar que la manilla para bajar la ventana no giraba precisamente con suavidad. En efecto, luego de un movimiento que era más cercano a un golpe que a otra cosa, la detective bajó el vidrio hasta la mitad.

- Señorita buenos días... ¿Me podría indicar el motivo por el que se encuentra aquí? Luego de tres segundos de silencio la detective comenzó compulsivamente a hurgar entre su blusa y su chaqueta de cuero negra gastada por los años, y sacó finalmente un portatarjetas color burdeo en el que se leía PDI, para la sorpresa del uniformado. Lo abrió y le enseñó el contenido.

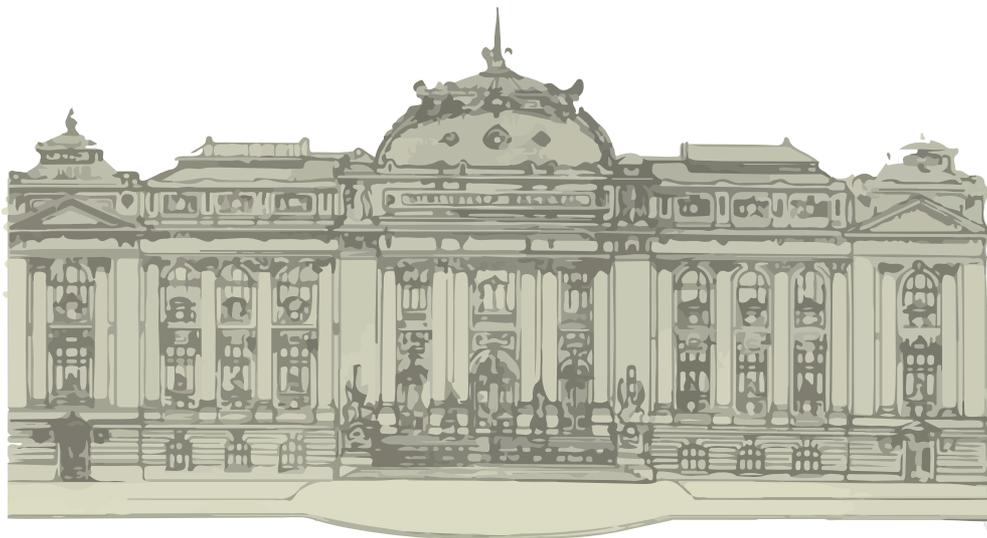
-Sara Gálvez... Rodríguez -leyó el hombre entrecerrando los ojos-. Detective de la Policía de Investigaciones de Chile...

Si hasta ese momento el carabinero se hallaba sorprendido, al ver la fotografía de la detective en la credencial su mueca cambió drásticamente. Al ver una vez más el rostro de la mujer en el auto y compararlo con el de la fotografía, sintió como todos sus instintos le indicaban peligro. Rápidamente su ritmo cardíaco se aceleró y sintió como golpeaban sus sienes y sus manos sudaban. Aquel joven agente de la ley sintió sobre sí mismo el peso de lo desconocido, de lo raro, lo inexplicable. Todo en cuestión de segundos. Cuando el miedo y la mocedad estuvieron a punto de conjugarse al momento en el que el hombre acercó su mano temblorosa al estuche de su arma de servicio, una mano se posó en su hombro.

-González, déjela, yo me encargo -dijo a sus espaldas una voz profunda, seria, pero serena, que para el cabo segundo de carabineros, Daniel González, fue más que un alivio.

- Sara, vamos -continuó el nuevo actor en escena-. Están todos esperando. Acto seguido, el hombre de unos cincuenta años, alto y delgado, con rasgos y peinado de árbitro de fútbol inglés, le quitó la credencial de la detective al cabo González, abrió la puerta trasera del Cavalier y tomó un bolso negro.

- ¿Tienes todo en el bolso? -le preguntó a Sara-. No va a ser ni una gracia volver a entrar con tanta prensa y tanto protocolo como para que se te quede algo. -Sí sé, tengo todo ahí.



-Vamos luego entonces, me tienen chato con tanta pregunta por ti allá adentro. Rápidamente la detective subió el vidrio, abrió la puerta y bajó. La mujer de cuarenta y dos años, un metro setenta y dos de estatura y de cabello negro y largo, cerró el automóvil, dio media vuelta y emprendió paso raudo y firme. Sus zapatos negros hacían un excesivo ruido al pisar sobre los charcos de agua acumulados en la acera. El hombre alto se puso el bolso al hombro y con tranco largo e impasible siguió a Sara Gálvez.

González se quedó solo, pero no le importó.

-¿Desde hace cuánto estás ahí estacionada? ¿Por qué no entraste cuando llegaste? -No sé, media hora más o menos -respondió Sara, calculando cuánto duraban las seis canciones que escuchó desde que llegó y se estacionó hasta ser interrumpida por el cabo González.

- Media hora... ¿Y por qué no entraste?

- Porque nadie me llamó.

- Te llamé, yo mismo, hace horas, apenas pasó... lo que pasó.

- Si pero nadie me llamó para entrar, solo para venir hasta aquí.

- A ver, si te llamo a las cinco am, seis am, y te digo que es urgente es para que vengas y entres -empezó a alzar la voz - no para que te quedes afuera esperando que alguien, o sea yo, te vaya a buscar, no puedes... y ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta conversación. Diez años de servicio, Sara, creo que sabes cómo funcionan las cosas.

-Lo sé, no va a volver a pasar. Tanta prensa me pone nerviosa.

A medida que avanzaban, un tumulto de periodistas, micrófonos, cámaras y caseteras parecía ir creciendo, y en cualquier momento los verían y acribillarían a preguntas.

-Tú quédate conmigo nomás, no digas ni respondas nada. Aún nadie sabe nada, así que no hay problema con que te vean -le dijo el hombre a su compañera. Cuando ya estaban a menos de diez metros, una periodista los vio y rápidamente corrió a su encuentro con casetera en mano. Como reacción en cadena, una veintena de personas se aproximó hacia ellos. Sara, como la clavadista que está a segundos de impactar el agua, inhaló hondo, y el frío aire del invierno santiaguino impregnó sus pulmones. Un último instante de paz antes de la tormenta.

-¡Comisario Rivas! ¡¿Es cierto lo del cuerpo? ¿ya lo identificaron?! -vociferó la periodista que se anticipó a todos-. ¡¿Por qué tanto secretismo con el deceso, comisario?! - gritó otro con una libreta-. ¡¿Ya le informaron al personal de la biblioteca?!

- Por el momento no puedo dar ninguna información -expresaba con dificultad el comisario de la Policía de Investigaciones en Providencia Carlos Rivas, abriéndose paso entre la multitud, hacia las puertas de la Biblioteca Nacional. Cuando se realicen las pericias pertinentes se informará oficialmente lo ocurrido, no hay que levantar falsas informaciones que escandalicen a la gente -porque lo harán, pensó en su interior.

Casi inadvertida estaba pasando Sara en toda la escena, escondida tras su jefe, amigo, aquel que había estado en los tiempos difíciles, y que la llamaba cuando las cosas se ponían difíciles, o raras, como en esta ocasión. Una amistad forjada en la adversidad, que había sobrevivido a sucesos extraordinarios en el pasado. Y ahí, una vez más, resguardándose tras su compañero, de ese bosque de brazos alzados tratando de cazar la primicia, Sara sintió miedo, ese miedo que había aprendido a interpretar décadas atrás y que la había sacado de tantos problemas. “El sentido arácnido”, lo había nombrado.

Rápidamente cruzaron el umbral de la Biblioteca Nacional y se adentraron en ella, siempre imponente, siempre majestuosa. Inusitada escena del crimen de aquella fría mañana en Santiago. A medida que dejaban atrás el vocerío de los periodistas y se adentraban por el pasillo principal, pasando las escaleras, el ambiente se tornaba pesado, denso. Sara recordó un episodio de Scooby-Doo en el que Shaggy tomaba un cuchillo y cortaba un círculo en la niebla. No estoy drogada como Shaggy, y mi compañero dista mucho de un gran danés que habla, pensó, pero me vendría bien un cuchillo.

Irónicamente, la situación que allí aguardaba a Sara perfectamente podría haber salido de esa serie. Eso podría explicar las caras de todos ahí, a medida que los compañeros avanzaban hacia el patio trasero de la biblioteca. Todos miraban y guardaban un silencio sepulcral, especialmente hacia ella. Es como si el mundo se estuviera deteniendo a su paso. Sorbos de café que nunca se concretaron, palabras que no terminaron de salir de la cueva, formas y papeleo que no terminaron de llenarse. Todo se detuvo para comprobar el paso, antes decidido, ahora solo agitado, de los dos miembros de la policía de investigaciones de Chile Sara Gálvez y Carlos Rivas.

Si Sara se sentía como Shaggy, el comisario Rivas se sentía como un pobre animal camino al matadero. Los años lo habían vuelto duro. Casos horribles habían sucedido en el pasado. De esos que marcan, solía decirles. Fechorías que en su momento lo hicieron cuestionarse la naturaleza misma del ser humano, y con ello la suya. Pero esta vez tuvo miedo. Miedo a lo desconocido. A aquello que aún con más de treinta años de servicio, aún con un prontuario que cualquier funcionario de la policía, no de Chile, del mundo, enviaría, le revolvió el estómago.

Mientras más se acercaban a la sala de referencias, la cantidad de gente apostada a los costados del pasillo disminuía, como si todos se alejaran de allí. Como si la sala repeliera a los asistentes. Los rostros severos de los detectives no se dejaron intimidar ante el panorama, y doblando un pasillo lateral, llegaron ahí, donde los esperaba con un rostro aún más severo el prefecto Muñoz, un hombre alto y viejo, casi calvo de no ser por unos pocos montones de pelo cano cerca de las sienes. Ah, y tenía un bigote, también cano, enorme.

El prefecto, estoico al lado de la escena del crimen, llevaba ahí un buen rato. Estaba erguido con postura militar delante de una cinta atigrada que clausuraba la entrada al pasillo, a lo película gringa. El prefecto fue el único en no detener sus actividades matutinas al ver a los detectives. Claro, no estaba haciendo mucho tampoco.

-Rivas, Gálvez. ¿Se puede saber por qué se han tardado tanto en llegar hasta aquí? - preguntó con una extraña pasividad el prefecto Joaquín Muñoz.

- Prefecto, buenos días... -comenzó Rivas-. lo que sucedió fue que...

-¿Saben desde qué hora está la gente aquí?! -vociferó el prefecto, aún de pie, inmóvil-. ¿Saben por qué formé esta división?!, ¿por qué decidí que era una buena idea juntarlos a ustedes dos?! ¡Para que cosas como ESTAS! -cuando dijo "estas" Sara pensó que los fusilaría ahí mismo-. ¡Para que se encargaran de ESTAS situaciones!, ¡Y por Dios que esta es una de ESAS situaciones!

-Prefecto, le pido las disculpas del caso, no se repetirá...

-¡Claro que no se repetirá señor Rivas! -suspiró con resignación-. No puede repetirse...

Hubo un largo silencio.

Toda la biblioteca, desde Breton a Molière, escuchó la dura filípica que cayó sobre los detectives. Rivas, afectado, sumiso, y arrepintiéndose de todas y cada una de las decisiones que lo habían llevado hasta ese lugar, solo permaneció mirando las baldosas. A Sara en cambio le preocupaba otra cosa. Algo dentro de la sala la llamaba. La detective sabía que había algo esperándola dentro de la solitaria sala de referencias, y debía atender el llamado.

-¿Ustedes saben lo que pasaría si esta ciudad... no... este país se enterara de lo que sucede bajo sus pies? A sus espaldas, en las sombras de Santiago. Sería una catástrofe... Nada volvería a ser igual... ¡Y ustedes son los encargados de velar por ello! -volvió a vociferar Muñoz-. ¿Está claro Rivas?

- Sí señor -respondió el comisario.

- Gálvez, ¿está claro?

Pero Sara ya no estaba oyendo al prefecto. Ni a Rivas. Ni a nadie. Solo sentía el llamado del interior de la sala. En sus sienes, en su piel, su sangre.

Y se decidió a entrar.

-¡Gálvez! ¡No le he dado autorización para entrar! -gritó el prefecto -. ¡Gálvez vuelva aquí inmediatamente!

Pero Gálvez ya había cortado la cinta y, cual zombie en busca de un jugoso cerebro, se dirigía a la sala de referencias. Se detuvo un segundo en la puerta, y entró. Rivas rápidamente corrió tras ella, ignorando la ira del prefecto. Sabía que incluso para alguien como Sara, lo que había dentro de la sala no era sencillo de enfrentar.

La detective cruzó el umbral y rápidamente vio un charco de sangre que provenía del lado izquierdo de la sala. Giró su mirada en esta dirección, y antes de que Rivas pudiera detenerla, lo vio. El cuerpo. El cadáver. Colgando desde el techo de ambas manos. Sus intestinos colgando, aún goteando sangre. Sus piernas, torcidas y las rodillas hinchadas. La sangre que aún emanaba del cuerpo había cubierto toda una estantería ubicada justo debajo.

- Sara, no debías ver esto. No era necesario - trató de explicar Rivas.

- No, sí es necesario - Respondió Sara.

Lo único del cadáver que estaba intacto era su rostro, que era exactamente igual al de Sara Gálvez.

Diez libros desaparecieron en la primera noche, cien en la segunda. No estaba seguro de qué estaba haciendo, pero necesitaba esa parte de ti, necesitaba tenerte a ti.

Por eso escribo esta carta, porque en ella confieso en dónde estás, en dónde podrán encontrarte o lo que queda de ti, lo siento mucho, yo simplemente te amaba con locura y no podía separarme de nuevo de ti, lo siento, yo te amo.

Süskind

LA CARTA SIN FECHA

Aldo Vilches Contreras



Se encontró una carta escrita por el último bibliotecario del lugar, estaba abierta y sobre el mesón de atención, junto a una taza de café aún un poco tibia. Era como si la persona que la leyó hubiera entendido algo que nadie más pudo descifrar durante cuarenta años.

La carta decía lo siguiente:

Desde que te conocí, fuiste siempre la parte de mí que nunca encontré, ese algo que necesitaba sin saberlo, tanto como para que me faltara el aire. No sabía qué hacer cuando te miraba y a través de los libros que leías podían entender nuestro romance. Siempre quise ser tu Mr. Darcy porque al parecer era tu libro favorito, pero en el fondo yo sabía que no podía llenar sus pantalones, puesto que no tenía el dinero para poder darte todos aquellos lujos que merecías. Entonces te vi leyendo a Dante y me pregunté a mí mismo si bajaría hasta el último de los círculos de los infiernos por ti, pero tampoco era lo suficientemente valiente para lograr una hazaña como esa.

Entonces cambiaste de libros, también cambió tu pelo y tu forma de vestir. Eran las sagas juveniles que tan de moda estaban de repente. Nunca las había leído, pero comencé a leer cada una de ellas junto contigo; hermosas criaturas, cazadores de sombras, todas sobre amores imposibles y tortuosos como el mío. Me estaba volviendo loco, era como si cada vez que tocara tus manos mientras devolvías los libros una parte de mi alma se desgarrara y se fuera con la tuya. Los libros ya no olían a libros, sino a ti, sólo a ti. A una mezcla de tabaco y perfume de rosas. Una parte de ti estaba en cada uno de los libros que habías tocado. Todo cambió cuando, de la nada, dejaste de ir a pedir libros. Me desesperé, mis entrañas gritaban por verte y no sabía quién eras, cómo te llamabas, ni dónde vivías, yo sólo sabía amarte, y que entre los cientos de usuarios de la biblioteca me era imposible encontrarte. Entonces comencé a atesorar tus libros, a guardarlos para mí, a no volver a prestarlos, no quería que se fuera tu olor, tu esencia.

Diez libros desaparecieron en la primera noche, cien en la segunda. No estaba seguro de qué estaba haciendo, pero necesitaba esa parte de ti, necesitaba tenerte a ti.

Por eso escribo esta carta, porque en ella confieso en dónde estás, en dónde podrán encontrarte o lo que queda de ti, lo siento mucho, yo simplemente te amaba con locura y no podía separarme de nuevo de ti, lo siento, yo te amo.

Se despide para siempre Süskind.

Noticia.

Lo siguiente es un extracto de una de las noticias escritas en la época: Macabro crimen en la biblioteca.

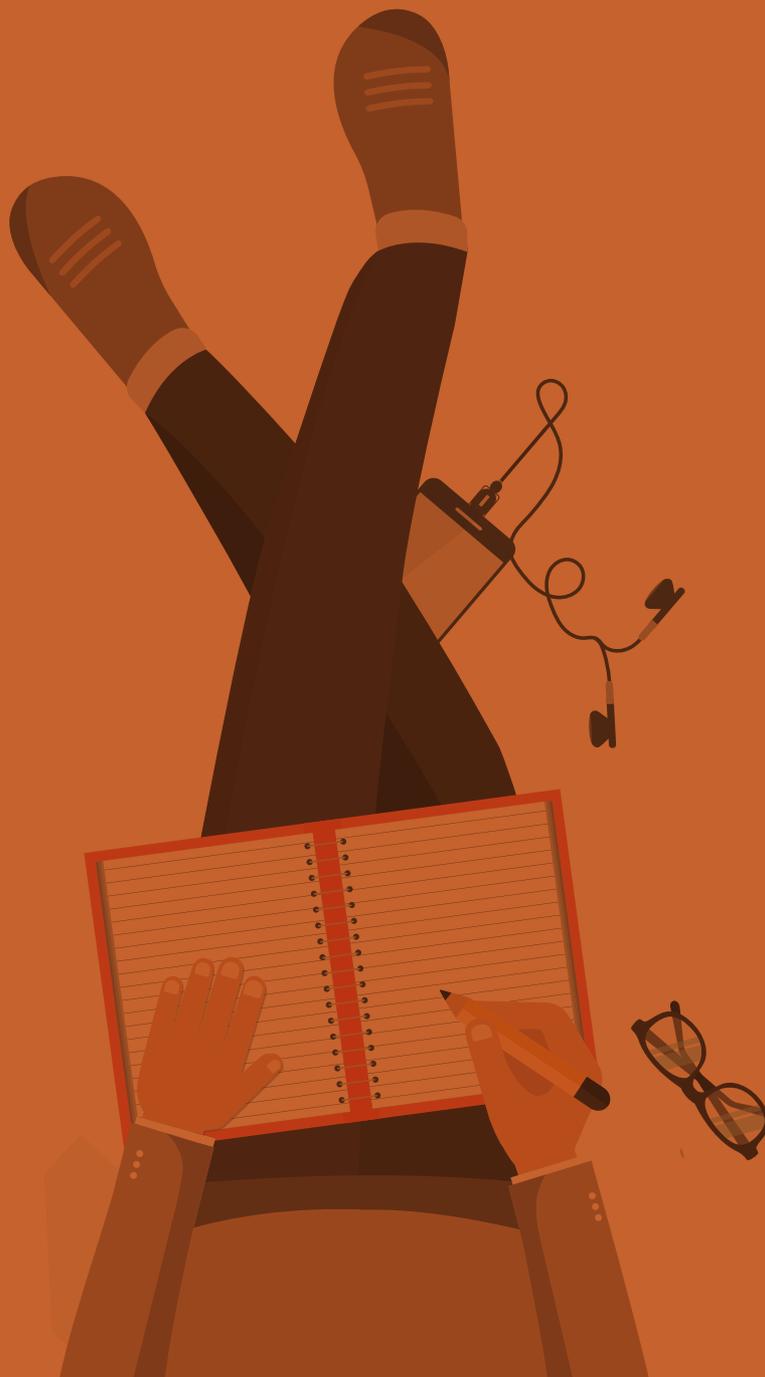
El hombre de veintiocho años, que se hizo llamar a sí mismo Süskind a través de su carta de confesión, hizo desaparecer a uno de los usuarios habituales de ésta. Aún no se sabe, ni se tiene la menor sospecha de dónde puede estar el joven desaparecido, de tan sólo 18 años. Sin embargo, el autor confeso de la carta no fue capaz de soportar la presión y dijo a los medios que no quería que nadie encontrara su obra, que la protegería tal como Dorian Gray protegió su cuadro por años, así que se quitó la vida en la celda donde esperaba para ser enjuiciado.

Pasaron cuarenta años, para que la biblioteca volviera a ser abierta. La nueva bibliotecaria estaba fascinada con todos los nuevos libros que había en el lugar y con todos los antiguos que se conservaron de su colección original. Ella había leído la carta del criminal y toda la historia que la acompañaba, pero no creía en fantasmas. De todas formas, ella siempre supo que la respuesta a aquel horrendo crimen estaba ahí mismo, en la biblioteca. Tal como una investigadora, comenzó leyendo cada uno de los libros que ya tan bien conocía, todos aquellos que nombraba la carta, pero ninguno le dio alguna respuesta. Sólo confirmó el amor obsesivo que tenía Süskind y entonces se dio cuenta: aquel era mucho más que un simple nombre elegido al azar, era la respuesta a todo. La carta hablaba del olor, de la esencia, de cómo cada vez que el chico tocaba uno de los libros dejaba atrás un “perfume”. Patrick Süskind era el autor de una de las novelas más macabras de todos los tiempos. Su mente trabajó rápido, no podía creerlo, así que llamó a la policía, entre llantos y risas nerviosas bajó a los infiernos, a la sala de calderas de la antigua biblioteca y ahí estaba. La bibliotecaria se encontró con una máquina para destilar, muy antigua y llena de libros, sin embargo, no había ningún cuerpo, sólo una pequeña botella de perfume a su lado con una nota que decía “lo que me queda de ti”.

Ella lo entendió todo, el crimen jamás fue cometido por él, sino que, en su amor enfermizo, destiló cada uno de los libros que el chico había tomado para conservar su esencia.

De todas formas, aún faltaba una parte de esta historia, ella no podía entender qué había pasado entonces con el chico. Fue cuando vio la muralla y las anotaciones: el anterior bibliotecario sí había resuelto el misterio de la desaparición del joven, buscando entre todos los cientos de personas, entre miles de noticias, hasta descubrir que aquel chico, que tanto amaba, había muerto en un accidente de auto. Por eso jamás pudo volver a la biblioteca, por eso ya no pudo sentir su olor, su esencia, más allá de ese perfume sutil impregnado en los libros.

Ahora, sin miedo, la bibliotecaria tomó el perfume. La curiosidad era más grande y ya sabía que no contenía esencia humana. Lo roció en el aire, y a ella no le olió a otra cosa más que a amor.



UNA NOCHE EN LA BIBLIOTECA

Sandra Sandoval Fuentealba



Con los audífonos puestos, escuchando a todo volumen Killa Reviver en el celular y con un libro en las manos. Sentada en el piso, simulando la posición perfecta de Buda, al fondo de la biblioteca, justo en el pasillo donde estaban los libros de misterio, estaba Miku.

Miku, así le gusta que le llamen, tenía catorce años, iba a un colegio municipal, en una de las comunas más australes de Chile.

Uno de los gustos que había adquirido desde pequeña era la lectura, su abuelito siempre le leía antes de dormir. Desde hace dos años, él ya no estaba en este mundo y ella lo extrañaba mucho. Después del colegio Miku corría a la biblioteca para leer, eso le ayudaba a que la pérdida de su abuelito no le doliera tanto y a recordarlo, como si estuviese allí con ella. La biblioteca municipal, estaba cerca de la plaza, del colegio, de la municipalidad y de la iglesia, como se acostumbra en los pueblos pequeños. Situada en una antigua casona de fines de 1800, compuesta de tres pisos, un mirador y, según decían en el pueblo, también un gran subterráneo donde los antiguos dueños mantenían esclavos, cosa que nunca nadie había comprobado, ni siquiera los bibliotecarios que allí trabajaban.

Ese día estaba a punto de nevar, corrió a la biblioteca, como todos los días, pero esta vez más rápido que otras veces. La biblioteca siempre estaba tibia, el rincón que a ella le gustaba tenía una mullida alfombra y la luz era aplacada por la gran cantidad de estanterías que se alzaban frente a las ventanas.

Miku seguía leyendo, ya era tarde, pero el lugar que había escogido era tan especial que, aunque afuera cayera la noche, siempre existía una tenue luz que le permitía leer. En un momento sintió un ruido, como si alguien cerrara una puerta de golpe, pero esto no perturbó su lectura - ¡siempre alguien azotaba la puerta al entrar! -, pensó y continuó leyendo. Mientras leía, sus párpados se volvían pesados, comenzaba a tener sueño, estiró sus brazos, puso un marcador en la página 256 y cerró el libro. Era hora de ir a casa, seguro mamá la esperaba con algo rico para comer. Al levantarse, se dio cuenta de que la oscuridad era mucho mayor que la acostumbrada, sólo los focos solares que estaban en la calle alumbraban los pasillos entre los estantes.

El terror se apoderó de Miku, ¡la biblioteca estaba cerrada y aún estaba dentro! Encendió la linterna del celular, pero como escuchó música toda la tarde, se apagó casi de inmediato. En ese momento y casi a tientas, buscó el teléfono de la biblioteca, necesitaba llamar a su casa para que la sacaran de allí, pero se

había cortado la electricidad. Ahora sólo quedaba guiarse por la luz que llegaba de las luminarias de la calle mientras buscaba alguna linterna. Miku había visto un kit de emergencia, una vez que se cortó el dedo con una hoja de un libro y la bibliotecaria sacó una gran caja de donde sacó un parche curita. Allí tenía muchas cosas, desde un destornillador, confort, muñecas, autitos de juguete, lápices, cargadores de celular, un botiquín, agua embotellada y hasta algo de comida enlatada; con seguridad allí también habría una linterna.

Mientras Miku buscaba, la noche se hacía más y más oscura, la casona comenzaba a crujir y las sombras de las ramas de los árboles se volvían cada vez más tenebrosas. - ¡Al fin! – Gritó. Miku. Había encontrado la caja y como bien lo había pensado, también la linterna, que encendió al instante.

Se dirigió a la puerta, pero estaba cerrada, entonces gritó - ¡Aló! ¡Ayúdenme! ¡Me quedé encerrada, ayúdame! - nadie contestó. Revisó e hizo lo mismo en la puerta de atrás, pero corrió la misma suerte. Ya había comenzado a nevar, y su voz se ahogaba en el aire junto a los copos de nieve. ¡Ni hablar de las ventanas! ¡todas tenían rejas!

Miku ya no estaba tan asustada, pero pensaba en su mamá, que seguro la estaba buscando por todos lados. Como ya había probado todo para salir, decidió volver a revisar la caja de emergencia, pudiera ser que la bibliotecaria hubiera guardado una copia de las llaves. Mientras revisaba, sacó del fondo de la caja un libro con tapa de cuero y comenzó a hojearlo. Era un libro muy extraño, sus hojas estaban amarillas, seguro que era muy antiguo, estaba escrito con símbolos, no con palabras, parecía un código secreto. Entre las páginas encontró un papel, alguien había descifrado el código con bastante esfuerzo, a juzgar



por los borrones y enmiendas. A Miku le encantaba el misterio y sin pensarlo comenzó a traducir.

“Escape” leyó Miku en la primera página, la segunda y tercera página estaban en blanco y la siguiente decía: “tabla cerca del árbol gigante” - ¡Sí! - Grito Miku con un tinte de felicidad, - ¡Seguro es el árbol de la entrada!, pero ¿qué tabla? -. Apenas se podía entender uno que otro símbolo... Miku era obstinada, jamás dejaría una tarea como aquella y continuó.

Avanzó varias páginas en las que el tiempo había hecho de las suyas, dejando ilegible lo que estaba escrito, hasta que se topó con una página intacta, en la que se entendían muy bien los símbolos y tradujo: “bajada” “escaleras” “izquierda” “trampa”. ¿Pero qué significaba eso? Sería que... realmente ¿existía un subterráneo? ¿había otra salida?

- Tal vez esto sea verdad, buscaré esa tabla, debe ser el árbol que se ve desde la primera ventana. - se dijo Miku muy convencida, mientras se encaminaba lentamente hacia la entrada. Como ya había leído muchos libros de misterio e investigación, estaba segura de que la tabla de la que hablaba el libro estaría suelta y comenzó a golpetear cada tabla desde la pared hacia el centro de la biblioteca, toc... toc... toc... toc... y nada, todas parecían muy firmes y siguió toc... toc... toc... tac... ¡sí! ¡había una tabla suelta! Miku trató de sacarla, hasta que lo logró, quedó al descubierto un gran y oscuro orificio que alumbró con la linterna. Se veía una escalera de piedra, pero sólo se alcanzaban a divisar tres peldaños, así que decidió sacar un par de tablas más. ¿Sería el subterráneo del que todos hablaban como si fuese un mito? Ya decidida a meterse en ese espacio, con la linterna en una mano y el libro bajo el brazo, comenzó a bajar lentamente. Ni su miedo eterno a las arañas le impediría saber qué había allí.

Mientras bajaba, su imaginación volaba, impulsada por todos los libros que había leído. En su mente aparecían tesoros, esqueletos, gatos emparedados, volcanes que llegan al centro de la tierra, conejos con relojes, sectas secretas... su corazón latía a mil por hora. Bajaba muy lentamente aquella escalera llena de telas de araña, fría y con olor a moho. Ahora, ni el crujido de la casa, ni el golpetear de las ramas de los árboles se escuchaba, el silencio era sepulcral. Treinta peldaños contó hasta el término de la escalera, desde donde alumbró con la linterna.

Ese lugar era muy amplio, no había celdas, ni esqueletos, ni prisioneros, solo un montón de cosas muy viejas... todas arrumadas en la mitad de la habitación... y en una esquina, un escritorio con un frasco y una pluma. Se acercó y sobre el escritorio, además del frasco y la pluma, había un montón de papeles amarillos llenos de polvo, que Miku tomó con cuidado, porque su abuelo le contó una vez que el papel cuando era muy antiguo, se volvía polvo, y efectivamente, el papel se deshizo en los bordes, así que Miku lo volvió a dejar sobre el escritorio, y alumbró la primera página que decía:

“Karukinka, Sur de Chile, diciembre de 1890.

Querido Sr. Williams:

Espero que se encuentre bien. Este lugar está lleno de cosas por investigar, me he hecho muy amigo de los selknam, una cultura ancestral del lugar y me han enseñado todo sobre ellos, en las siguientes páginas le dejo lo que he aprendido sobre su cultura.

Los colonos que han llegado los consideran una amenaza, han comenzado a tomarlos como esclavos y muchas veces los han asesinado.

He investigado y he encontrado a los culpables de dichos asesinatos, pero aquí no hay ley, así que me encuentro atado de manos. Le dejo el listado con los nombres de quienes actúan en la impunidad quitando la vida de quienes son dueños de este lugar.

Las páginas estarán en el subterráneo de la casa, sobre un escritorio, en la esquina de la habitación. Hoy emigro nuevamente, le dejo la casa y le envío algo de dinero. Espero enviar esta carta cuanto antes, mi vida hoy corre peligro.

Su fiel amigo y servidor

Jack Sutcliffe”

Miku estaba sorprendida y feliz, su hallazgo sería parte de la historia. Dejó todo como estaba y volvió a subir las escaleras, la luz se metía por el orificio que había abierto, ya era de día.

A medida que se acercaba a la salida, escuchaba algunas voces... una mano se estiraba para ayudarla a salir, era la bibliotecaria. Atrás de ella y con los ojos hinchados, su mamá, la policía, compañeros y compañeras de curso, en realidad, ¡medio pueblo se encontraba allí! La bibliotecaria le preguntó - ¿Estás bien? ¿Encontraste algo? - yo llevo varios años tratando de traducir el libro, pero sólo descifré parte del código, no entendía el libro. - ¡Sí! - dijo Miku - ¡Claro que sí! ¡Me llevó a la historia del pueblo y a cómo devastaron a los selknam! ¡Está todo en el subterráneo!

Aquel día Miku pasó a formar parte de la historia del pueblo. Su descubrimiento y su “aventura” salió en el único diario que circulaba en el lugar, y desde fuera llegó la televisión a entrevistarla. Ella estaba feliz, - Si mi abuelito pudiese ver, ¡estaría muy orgulloso! - se repetía Miku, una y otra vez.



AL CAER LA TARDE

Elizabeth Natalia Montero Muñoz

Una vieja biblioteca. La luz del rojizo atardecer comenzando a colarse por los grandes ventanales e iluminando poco a poco las viejas estanterías. La otoñal tarde generaba una atmósfera cargada de un extraño magnetismo que anunciaba una lluvia que pronto caería sobre la ciudad. Lentamente las personas habían comenzado a retirarse, dejando cada vez más desierto y solitario el espacio. Leonor era siempre la última en irse, por lo que quedaba a cargo de la solitaria biblioteca. Le gustaba el ambiente silencioso y algo melancólico que obtenía la biblioteca mientras caía la tarde. Cuando ya todos se habían ido, se dedicaba a ordenar los viejos y pesados libros que se acumulaban por el largo mesón. Recorría en absoluto silencio y penumbra los pasillos, sintiendo la paz que le entregaba estar en uno de los lugares que más amaba y mejor aún, en su hora favorita.

Pero esta vez sentía algo distinto, era como si el ambiente tuviese una extraña energía que Leonor atribuyó al ambiente previo a la tormenta. Aunque tenía solo la sensación de ser observada, cada tanto en tanto volteaba, con la certeza de que alguien aparecería tras ella, pero no había más que sombras que se proyectaban desde la calle y total silencio.

Al llegar a la sección de los libros más antiguos, sintió como un escalofrío le erizó hasta los pequeños vellos en la nuca. Llegando a uno de los últimos pasillos, tuvo que ingresar para llegar hasta una de las estanterías, encontrándose de frente con una alta sombra que se interpuso en su camino, sobresaltándola. Disculpa hija mía, no era mi intención asustarte, musitó una suave voz con acento extranjero. Un hombre, ya mayor, le observaba con sus penetrantes ojos negros y una mirada que parecía estar escudriñando lo más profundo de su alma. Creo que eres tú a la persona que busco, dijo suavemente. Leonor sintió nuevamente una extraña sensación recorriéndole la espalda, como si una ráfaga de aire hubiese pasado tras ella. Tragó saliva y sacando fuerzas de donde no tenía, le contestó: la biblioteca está por cerrar pero si su consulta es breve puedo ayudarle. Oh sí, le contestó el hombre, será algo muy breve. Mientras él hablaba, Leonor no podía dejar de ver sus largas y negras uñas, que destacaban en sus manos, grandes y huesudas.

Busco algo especial, algo que me haga sentir la sangre fluyendo por las venas otra vez, que logre hacerme sentir joven una vez más, dijo el hombre. Algo inspirador entonces... un libro motivador... quizás, logró murmurar Leonor. Pensaba en algo distinto mi querida niña, dijo el hombre ahora con una voz lenta, suave e hipnotizante. Algo más misterioso... Sublime. Que pueda sumergirme en los más recónditos parajes, elevarme a alturas inigualables y luego devolverme a la tierra.

Entonces tal vez quiera algo de terror, dijo ella. Terror, misterio, pavor, simples palabras mi joven amiga, pero si consideras que algo así pueda hacerme sentir totalmente extasiado y rejuvenecido, confío en tus palabras y en tu sabia decisión. Dudosa, Leonor comenzó a pensar en qué podría recomendarle.

Por un momento se quedó absorta en sus pensamientos, pues si había alguna clase de libros que le fascinaran, eran precisamente los de misterio y terror. Su mente comenzó a vagar entre los cientos de libros que conocía o recordaba haber leído, como si estuviese recorriendo mentalmente las decenas de pasillos de una antiquísima biblioteca. Hasta que la voz suave del hombre la trajo de vuelta al presente; ¿tienes algo que ofrecerme querida? Leonor se sentía un poco mareada, tal vez por el cansancio o por haberse quedado enredada entre sus pensamientos. Pero esta vez le pareció que el hombre lucía distinto, sus cabellos parecían mostrar unos leves mechones de cabellos azabache y algo en su mirada había cambiado.

No supo descifrar si quizás no notó esto en su cabello al momento de verlo por primera vez o si tal vez las penumbras producían alguna clase de ilusión óptica jugándole una extraña broma, pero prefirió dejarlo pasar y terminar con todo aquello pronto. Claro, si desea y me acompaña hasta el pasillo indicado le puedo mostrar varios. Con un suave gesto de su mano, él le señaló que ella pasara primero.

Cada paso que daban a través de los largos pasillos parecía resonar cada vez más seco y fuerte dentro de la cabeza de Leonor. Comenzó a sentir el piso serpentear bajo sus pies y a cada paso más ondulante. Las estanterías empezaron a bailar a su alrededor, volviéndose borrosas y cada vez más lejanas, hasta llegar a tal punto que tuvo que detener su camino e intentar aferrarse a una de ellas. En ese instante sintió el tacto de una mano firme pero de extraña suavidad, que la contuvo justo en el instante en que ella pensaba que caería. Cuando dio vuelta la cabeza para ver quién la sostenía, sintió nuevamente como si una gélida brisa la hubiese recorrido de golpe.

Pudo ver esta vez al hombre, ya no mayor como le había visto en un principio, sino que notablemente más joven, como si estuviera en la madurez de su vida. Ahora eran sus canas las que parecían formar pequeñas líneas gruesas que contrastaban con su cabello negro azabache, oscuro como la noche. Su porte había cambiado también y se encontraba completamente erguido y hasta con un leve aire señorial. Sintió un extraño pero agradable perfume que brotaba de aquel hombre, quien a pesar de todo el miedo que le provocaba la situación, tenía el extraño poder de hacerla sentir como si estuviera en una ensoñación. Incluso por un momento logró pensar en lo atractivo que le resultaba aquel extraño.

Ven querida mía, le susurró el hombre, creo que te haría bien descansar por un momento. Leonor se sentía tan confusa, mareada e hipnotizada, que no lograba oponer mayor resistencia. Casi como si ella fuese una pluma, él la tomó en sus brazos y comenzó a caminar por los ya oscuros pasillos de la biblioteca. En sus brazos, ella sentía como se le aceleraba el corazón. El perfume, las manos fuertes pero delicadas y un aura misteriosa le provocaban una extraña fascinación.

No supo cómo el extraño hombre logró llevarla hasta uno de los sillones que tenían disponibles para descansar en los ratos libres. Leonor quedó cómodamente recostada. Estás cansada mi pequeña, creo que te haría bien dormir un rato, no te resistas, solo deja que tus ojos se cierren, le murmuraba de una forma tan suave y cautivante, que parecía ir dirigiéndola hacia el sueño, mientras tiernamente acariciaba sus manos y su rostro.

Lo último que Leonor pudo ver fue como el hombre, ahora completamente joven y con sus cabellos y ojos negrísimos, su piel tersa como porcelana y sus labios rojos y carnosos, le ataba una delgada cinta violeta en su muñeca izquierda. Muchísimas gracias querida mía, como lo supuse eras justo lo que necesitaba, le dijo. Después de eso, todo fue una profunda y absoluta oscuridad.

Leonor, Leonor, ¡LEO! escuchaba como si fuese una voz de ultratumba quien la llamara. Pero ni las fuertes sacudidas de su compañera Isabel lograron hacerla reaccionar. Leonor, de nuevo te quedaste dormida aquí y ¡mira! Otra vez leyendo estas novelas de misterio y de terror, no sé cómo te gustan estas cosas, le dijo Isabel. Leonor se sentía confundida, no recordaba haberse puesto a leer en aquel sillón, pero el encuentro con el hombre parecía algo tan extraño, como una mezcla de sueño o pesadilla. Poco a poco fue recordando todo, pero no, no podía haber pasado algo así. Son los libros, los que a veces hacen tener esos extraños y vívidos sueños. Eso pensó hasta que un recuerdo vino a su mente, acercó lentamente la cara a su chaleco y ahí estaba, ese extraño y embriagador perfume. Casi al mismo tiempo, pudo contemplar atónita como en su muñeca izquierda se envolvía una delgada cinta violeta y de su frente ahora, caía un brillante mechón de canas.



MARY Y EL FARO DEL SABER

Claudia González Arnez

Todo empieza en un país considerado el más largo del mundo, Chile, un lugar amplio en fauna y flora, con tierras desérticas y con vasta vegetación. Conectado al Océano Pacífico, sus playas albergan grandes misterios, historias de piratas y viajes desde otros continentes; pero me estoy desviando de lo esencial: la historia se centra en el sur del país, en un pequeño pueblo costero, acercándonos especialmente a una casa, donde vive una niña llamada Mary.

Mary es una niña muy curiosa, sus padres son biólogos, por lo que en su casa abundan los libros de animales endémicos, y aunque Mary no conozca ciertas palabras y contextos por su corta edad, se fascina leyéndolos en su casa o en la orilla del mar, entre las rocas; ahora en vacaciones es su pasatiempo favorito. Un día, sentada en una roca, mojando sus pies en un pequeño estanque de agua salada, leía un libro de aves magallánicas, cuando repentinamente escuchó un sonido.

- Estos cangrejos están deliciosos – escuchó que decían con tono risueño.

Mary miró a su alrededor intentando ver quién había emitido aquel sonido, pero estaba sola. Sin darle importancia volvió a su lectura, pero volvió a escuchar la vocecilla. Con su personalidad curiosa, se dirigió con cautela al origen del sonido. Ya en la roca, miró de reojo, era una avecilla que estaba atrapando pequeños cangrejos areneros y metiéndolos en una bolsita. El ave sintió la presencia de la niña y del susto se le cayó la bolsita en la arena.

-Calma, no te haré nada, ¿tú fuiste el que habló? – Mary intentaba hablar con el tono más tranquilo de su voz, manteniendo distancia para no espantarlo más. Cualquiera se hubiera asustado al escuchar a un animal hablar, pero Mary siempre se consideró valiente y abierta a cosas que van más allá de la comprensión, algo común en un niño.

-¿Puedes entenderme? – Parando sus alas ante el descubrimiento, la impresión fue mayor que el susto – eres la primera humana en décadas que lo hace.

En vez de responder, Mary preguntó.

-¿Eres un mago? – Recordando aquellos cuentos que leían en el colegio sobre personas que se transformaban en animales y hacían conjuros.

El ave rió ante la pregunta – No, soy un animal común y corriente y ya veo que sí puedes entenderme. Don Alberto me dijo que aquellos que nos entienden no son malos, así que me presentaré, mi nombre es Bli, soy un Playero blanco.

-Me parecías conocido – Hojeó su libro – sí, eres este – señalando una página ilustrada de un ave marrón y gris claro, con cola blanca, alas marrones y patitas negras.

-Oh, me dibujaron muy bien, dijo -dando un respingo – he perdido demasiado tiempo, tengo que irme, o mejor aún, tú me debes acompañar – lo dijo caminando hacia ella con el característico pasito rápido, como de juguete de cuerda, lo cual a Mary le hacía gracia – tú puedes ser quien nos ayude.

La niña no entendía a qué se refería, sin embargo, algo dentro de ella le decía que lo siguiera sin cuestionar. Lo haría lo más rápido posible, para no preocupar a sus padres. Por lo que lo siguió.

Por suerte, no tuvo que alejarse mucho, ya que Bli se detuvo en una cueva escondida. Era pequeña para un adulto, pero no tanto como para que ella tuviera que agacharse, y se podía ver bastante luz al fondo por lo que no era una cueva, sino un túnel. Así que Bli con su simpático caminar fue adelante, guiando a Mary, que tras solo unos pocos pasos fue alcanzada por los rayos del sol. Entrecerrando los ojos logró visualizar el lugar. Era una playa, pero extraña, no había oído de ningún lugar cerca con estas características, tenía una arena tan dura que al pisar no se hundían los zapatos, había manchas verdes por toda su extensión y un viento fuerte que soplaba en distintas direcciones. Por suerte su cabello estaba atado en una coleta, pero con todo eso, lo que más le llamó la atención era un lugar hacia el final de la playa, donde unas rocas servían de base, sosteniendo un gran faro de tonos dorados, rodeado por grandes roqueríos que protegían el lugar del exterior.

-Allí – dijo Bli, apuntando con su ala hacia el faro, aprovechando de aletear y posarse en el hombro de Mary; ella siguió caminando hasta llegar a la entrada – ahora debes tocar –. Acatando, la niña, dió unos golpecitos, dando como resultado el sonido de pequeñas pisadas por el otro lado de la puerta, que se abrió de inmediato.

-Ya era hora de que llegaras Bli, cuál es tu excusa esta... - La voz hizo que Mary mirara hacia abajo. Era un Huillín, que había estado refunfuñando y moviendo sus característicos bigotes – una humana – fue lo único que dijo, pasando sus patitas en su rostro, sin creer lo que veían sus ojos. Su rostro se iluminó de felicidad – al fin has llegado, pasa – moviéndose a un lado para desbloquear la entrada – nos alegra tanto tenerte aquí, si estás con Bli significa que eres la elegida, ¿Cómo te llamas pequeña?

Mary por inercia entró. Sin embargo, estaba desorientada por todo lo que decía el pequeño animal, parecido a una nutria, con cuerpo alargado, extremidades pequeñas, un pelaje suave y sedoso de color café

oscuro y más claro en el vientre-, intentando entender qué querían decir con eso de la elegida.

- Mi nombre es Mary, señor... - no sabía su nombre.

- Alberto, Don Alberto para servirte y por tu rostro de confusión, veo que Bli no te contó todo, no te sorprendas, es un poco despistado, dijo – causando que Bli mirara a otro lado fingiendo que se sentía ofendido – aunque primero... – perdiéndose de vista en la oscuridad – ¡Ilumínate! Ante la palabra, todo el interior se alumbró, las paredes tenían estantes llenos de libros, escaleras corredizas que daban paso a distintos niveles, donde apenas se podía visualizar el techo. Este faro es especial, es donde se guardan los originales, aquellos primeros libros de cada historia, cada escritura se guarda aquí, incluso el primer cuento de un niño o su primera palabra escrita, así de amplia es esta biblioteca, porque eso es, y su función es vital, incentiva a la gente a la lectura e inspira a los escritores. Sin ella naufragaría la mente humana.

- Y es lo que la niebla quiere causar – Habló Bli.

- ¿La niebla?, pero es solo algo climático, según lo que dicen mis padres, se ve todas las mañanas.

Don Alberto le señaló una silla para que se sentara, Mary se sentó.

-No esa niebla mi pequeña, esta es la Niebla del Vacío, de seguro viste unas manchas verdes en la arena ¿verdad? – viendo que la niña asintió, continuó – Es señal de que la Niebla despertó. Lo hace cada veinte años; antes era por más tiempo, pero, debido a cómo está el mundo, su poder está creciendo y hará todo lo posible para que el faro desaparezca. No sabemos su origen, solo que es muy antiguo, pero sabemos cómo detenerlo y ahí está tu papel.



- ¿Cómo puedo ayudar? – preguntó Mary.

- Los libros son una creación humana y solo un humano puede tocar el Gran Libro

– ahora era Bli quien relataba –, el que contiene lo primero de todo, desde la primera palabra escrita por la humanidad hasta lo que ha estado ocurriendo en el presente. Está aquí, es difícil verlo, porque está camuflado; solo al tocarlo un humano revelará su identidad.

Bli bajándose del hombro de Mary, se puso al lado de Don Alberto y ambos observaron a la niña, con ojos de súplica, porque sabían que no podían exigirle esa carga a alguien tan joven, pero no tenían otras opciones.

-La Niebla atacará hoy. Están todas las señales, las que viste y sentiste; aún estás a tiempo de volver si lo deseas, no queremos arrastrarte en este peligro, aunque eres nuestra última esperanza. Viendo que Mary se levantaba, Don Alberto pensó que se marcharía, sin embargo, la vio agacharse frente a él y abrazarlo, separándose, hizo lo mismo con Bli.

-No los abandonaré, amo los libros y la lectura, no permitiré que la Niebla me quite mi presente y mi futuro.

Así es que los tres se pusieron manos a la obra, Bli con Don Alberto fueron moviendo los libros, alejándolos de las ventanas; aun si las reforzaban, no sabían si estas soportarían los embates densos de la Niebla. Mary se encargó de tocar cada libro lo más rápido posible, al encontrar el indicado, lo sabría. , Pero eran tantos que temía no alcanzar a identificarlo.

Cuando sintieron golpeteos por fuera, debido al viento, la niña abrió un poco la puerta, sin poder creer lo que veía. La arena iba desapareciendo por la subida del mar, tomando totalmente un tono verde musgo, mientras fuertes vientos azotaban las paredes del faro, pero, lo que más le inquietó, fue cómo se iba acercando una niebla espesa de nubes verdes y mucilaginosas como la arena.

-No alcanzaremos. Este lugar es muy grande, lo siento dijo, dando pequeños hipos y dejando escapar algunas lágrimas.

-Tranquila mi niña, está bien, has sido una chiquilla muy valiente y decidida, le decía el Huillín pasando entre sus piernas para animarla -, no le gustaba ver llorar a los niños - le había dado una gran carga. Vuelve con tus padres, nosotros estaremos bien, no saldremos perjudicados.

¿Cómo podrían o podría decir que era valiente o decidida si no podía ayudar a los que más lo necesitaban? Eran diferentes, pero especiales, no podía abandonarlos.

-Un momento, ¡eso es!, -dijo, cerrando la puerta con seguro. El Gran Libro tiene historia hasta la actualidad, lo que significa que también estoy incluida en él. Si digo mi nombre, de seguro el libro aparecerá, como cuando busco un libro en la biblioteca del pueblo.

La Niebla ya iba a cubrir el Faro, por lo que rápidamente tomó la decisión de subir las escaleras. Bli la siguió, no quería que saliera herida por cualquier cosa. Así fueron subiendo hasta llegar al último piso del faro. Mary abrió una puertecita que daba hacia afuera, solo tenía una oportunidad.

- ¿Qué estás haciendo? ¡Ten cuidado!

- No lo sé, es como un impulso, creo que es el faro hablándome, tal vez quiera decirme que esta es la mejor forma. Mary, empapada, tomó todo el aire y dio un gran grito.

¡Mary Elisa Abarca Villa!. Apenas terminó de decir su nombre, Don Alberto desde el primer piso vio como de un estante salía un libro que subía como un rayo, pasando al costado de Bli, hasta llegar a las manos de Mary. Era pequeño, pero de inmediato se abrió al toque de sus manos y un gran brillo turquesa cubrió todo el lugar, haciendo desaparecer la niebla.

Mary tuvo que cerrar sus ojos por la intensa luz y al abrirlos se sorprendió en la terraza de su casa, con un libro que no era el de aves en sus manos. Sabía cuál libro era, esto no fue un sueño, lo habían logrado, así que sonriendo entró a su casa, teniendo la sensación de que volvería a ver a sus amigos muy pronto.



POLA LA PALOMA ENCANTADORA

Susana Antileo Huenupi

En Santiago de Chile vive Pola la paloma, recorre los cielos en busca de aventuras y comida; prefiere andar sola. Dicen que es gruñona, y es verdad; Pola no es como las otras palomas, si quiere hacer algo no descansa hasta lograrlo. Pola es de color gris, casi negras son sus plumas, es grande pues busca siempre la mejor comida, nada de dulces ni carbohidratos. Pola prefiere las frutas y verduras, y a diferencia de sus compañeras no le gusta andar sucia ni recoger comida descompuesta o de la basura, Pola cree que los humanos sienten asco hacia ella y sus amigas, no le gusta que las miren feo y que las espanten y asusten de los lugares que eligen para sentarse, descansar y comer.

Un día mientras volaba por los cielos, sintió un dolor en su guatita, por lo que se vio obligada a un aterrizaje de emergencia en un lugar desconocido. Al caer se hirió en una de sus alas, estaba asustada y muy adolorida, Pola estaba perdida. Al día siguiente se encontraba en el mismo lugar de su aterrizaje, y asustada observaba. Fue en ese entonces que vio a un humano acercarse, era como un monstruo gigante.

Pola asustada pensó: voy a defenderme, no seré humillada por un simple humano, he sobrevivido a todas las adversidades y prejuicios que hemos sufrido las palomas. Justo en ese instante ve una mano gigante acercarse, asustada la picoteó con todas sus fuerzas, no se controló y escuchó una risa perversa. Al abrir sus ojos, vio a una mujer que sonreía mientras la miraba, le dio unas migas de su pan y la miraba sin parpadear, luego desapareció.

Pola la paloma, muy cansada comió del pan que esa humana le dejó. También aprovechó de dormir para recobrar fuerzas y poder volar de vuelta a su hogar junto a las otras palomas; recordó que no les agradaban, pero igual las extrañaba. Ya por la tarde, un poco más recuperada intentó volar, pero no lo lograba, su ala izquierda estaba quebrada por lo que decidió no seguir intentando el vuelo, pues el dolor la estaba matando. De pronto apareció la humana gigante, esta vez con otra persona. Al ver que aún la paloma estaba en el lugar, pudo apreciar qué tan herida se encontraba.

La tomó con sus manos sin importar que Pola la picoteara, estaba decidida a ayudarla. Por su parte, Pola estaba aterrada. Llegaron a un lugar donde otro humano la empezó a revisar, cuando llegó a su ala izquierda con su inspección Pola no pudo evitar gritar. La mujer se la volvió a llevar, esta vez a su hogar; la alimentó, la cuidó y le leía libros por montón. Pola debía estar en tratamiento para que su ala pudiese mejorar, por eso la humana la acogió en su hogar. La amó y le entregó todo su cariño. Todos los días por la mañana la humana la saludaba, limpiaba y le daba comida y luego desaparecía. Al caer la tarde llegaba

a revisar cómo estaba y la volvía a limpiar, alimentar y acariciar. Pola estaba muy contenta. Sentía algo extraño, nunca antes un humano la había tratado de esta manera.

Transcurrieron los días y Pola ya se sentía mucho mejor. Poco a poco empezó a volar, muy agradecida se sentía por la ayuda recibida. La humana la llevó a un lugar donde los libros abundaban, le parecía genial. Pola se mantuvo dentro de una jaula, mientras la humana conversaba con otras personas todo el día, también ordenaba libros, en ocasiones leía a grupos de niños y a sus padres. Así fue como Pola diariamente acudía a este lugar, que era el trabajo de la humana. Pola se preguntaba: ¿qué es este lugar?

En casa, la humana la sacaba de la jaula y la dejaba en libertad de pasear por donde Pola quisiera, además le leía constantemente, y esto a Pola le encantaba, le gustaba sentir lo que estaba sintiendo, pero no sabía qué era. Pasaron los días, las semanas y los meses y Pola ya estaba completamente recuperada. La humana la sacó a un parque y la liberó para emprender su viaje. Pola nuevamente se sintió extraña, pero aleteó con sus alas y ya en el cielo estaba.

La humana volvió a su hogar, triste porque le había tomado cariño a la paloma. Nunca había interactuado con un animal tan extraño, tampoco le había puesto un nombre, pero estaba contenta por haberla ayudado, le pareció divertido.

Pasaron unos días, cuando una noche en su ventana vio algo extraño. Al acercarse a revisar vio a una paloma, pudo reconocerla, era Pola. La humana abrió su ventana y entró a su hogar. La humana la acarició y luego alimentó, para finalmente leer un libro antes de dormir. A la mañana siguiente, la humana decidió llevar a la paloma Pola a su trabajo, el cual era en una biblioteca cercana. Al llegar, Pola salió de su jaula, pero se mantuvo completamente congelada cerca de la humana, inmóvil estaba y era tanto que parecía una foto. La humana la miraba, sonreía y acariciaba y Pola muy fiel, ahí estaba.



Las personas que llegaban a la biblioteca se impactaban al ver a una paloma ahí dentro, pero más les impactaba que se mantuviera tranquila al lado de la humana. Los niños deseaban tocarla, pero sus padres les decían que no, que las palomas eran animales muy sucios; eso hacía sentir muy triste a Pola.

La humana les explicaba que la paloma era muy limpia, educada y cariñosa, además de ser un animal muy inteligente y que se encontraba en rankings de las palomas lindas e inteligentes. Les enseñó a todos adultos y niños cómo debían acercarse a Pola, para no asustarla, pero muchas personas se opusieron a que un animal así de sucio estuviera inserto en un lugar como la biblioteca.

La humana tuvo algunos problemas por reclamos de personas que iban a la biblioteca, la afluencia de público bajó, pero ella siguió llevando a Pola a su trabajo. Buscó maneras para que, quienes rechazaban a la paloma en el lugar, le dieran la oportunidad de demostrar que era un animal muy educado y nada de sucio como ellos pensaban. Fue así como comenzó un taller de cuentacuentos con la paloma Pola en su hombro, realizó unos afiches con la fotografía de la paloma Pola, avisando de la realización del taller.

Cuando llegó el día del taller, la humana se encontraba muy ansiosa por saber cómo resultaría esta experiencia. Poco a poco fueron llegando los primeros niños junto a sus padres, el cuento de esta ocasión en el taller fue: “Perdido y encontrado” de Oliver Jeffers; todo resultó muy bien, al finalizar algunos niños se atrevieron a acariciar a Pola y les pareció muy entretenido. Los padres felicitaron a la humana por tan lindo taller y por mantener a la paloma en óptimas condiciones higiénicas.

A los días llegaron muchas felicitaciones a la humana y su trabajo en el taller de cuentacuentos, a través de las redes sociales de la biblioteca. Por lo cual este se siguió repitiendo, siempre con muy buenos resultados. Pola la paloma, se sentía muy feliz de que muchas personas le hablaran y la acariciaran sin mirarla con asco. La humana decidió intentar entrenar a la paloma Pola, a través de la “Colombofilia”, esto es el entrenamiento que realizan las palomas mensajeras. La humana lo realizaba al aire libre en una plaza cercana a su hogar. Pola la paloma se convirtió en una muy buena mensajera, fue así que empezó otro trabajo en la biblioteca, ¿adivinas cuál? ¡Siiii! Pola la paloma se convirtió en mensajera. Volaba de casa en casa de las personas que vivían cerca de la biblioteca, para recordarles mediante una nota la fecha de devolución de sus libros y en ocasiones llevaba pequeños libros de poesía, a algunos abuelitos.

Y fue así, como la humana y la paloma Pola se dedicaron a trabajar juntas en la biblioteca, demostrando y enseñando a las personas que las palomas eran animales increíbles y que deberían ser queridas al igual que queremos a los gatos y perros, porque finalmente ellas no deciden cómo ser y verse por fuera, y aunque las veas en casi todas partes y que incluso sean molestas o desagradables, son animales y deben ser respetadas, finalmente ellas están sobreviviendo y navegan en la misma barca, en este mundo tan loco.



Escuela de Bibliotecología



4 AÑOS ACREDITADA

- Gestión Institucional
- Docencia de Pregrado
- Vinculación con el Medio



CONSEJO DE RECTORES DE
LAS UNIVERSIDADES CHILENAS



CONSORCIO DE UNIVERSIDADES
DEL ESTADO DE CHILE